

# El “no” a la Renta Básica no es un “no” al debate

**Daniel Ordás**  
Abogado en Suiza.  
Promotor de  
[www.reforma13.es](http://www.reforma13.es)  
en España

El pasado 5 de junio de 2016 el pueblo suizo y los cantones dijeron “no” a “la iniciativa popular para la introducción de una renta básica incondicional”. Curiosamente este resultado generó cierto estupor en varios países europeos. Como siempre, la sorpresa la causaba el hecho de que los ciudadanos tengan derecho a hacer una propuesta legislativa y a decidir sobre ella, otros se sorprendieron de que los votantes suizos no aprovecharan la ocasión para concederse una pequeña paga extra. Para entender el hecho de que los ciudadanos puedan decidir durante la legislatura y que lo hagan con responsabilidad hay que entender el sistema de la democracia suiza.

Los suizos, al igual que las demás democracias delegan el poder legislativo a un Parlamento. A diferencia de las democracias representativas o de delegación, en Suiza el pueblo no delega todo el poder legislativo, se reserva el derecho de control y participación. Debido a ello puede exigir con 100.000 firmas una votación popular sobre el tema que considere que se debería legislar y los delegados no lo están haciendo. Por otra parte, con 50.000 firmas se puede exigir una votación popular sobre una ley aprobada por los delegados en el Parlamento, antes de que ésta entre en vigor. Este sistema de control y participación como elemento adicional a la mera delegación explica que en Suiza el sistema sea a largo plazo mucho más estable, y los resultados poco espectaculares. Lo apasionante de un sistema con control democrático y participación ciudadana es el proceso hacia la legislación y no como en otros países la protesta post-legislativa. En definitiva, la diferencia se encuentra entre decidir y patear. Eso explica que un tema tan relevante como la renta básica, que en las próximas décadas recorrerá desde los abismos del populismo hasta las torres de marfil académicas, en Suiza haya podido ser debatido en las calles, bares, casas y plazas.

Tras la votación en Suiza hubo en toda Europa análisis y reacciones de todos los colores y en la mayoría de los casos los que circunstancialmente se vieron

obligados a opinar en tertulias y entrevistas no sabían ni cómo funciona el sistema suizo, ni qué se había preguntado y votado concretamente. Por eso, aprovecho para reproducir aquí literalmente la pregunta de la iniciativa:

*“¿Aprueba usted la introducción en la Constitución Federal del siguiente artículo?*

*Art. 110a Renta Básica Incondicional*

*. La Confederación velará por la introducción de una renta básica incondicional.*

*. La renta básica debe permitir al conjunto de la población una existencia digna y la participación en la vida pública.*

*. La ley regulará la financiación y el monto de la renta básica.”*

En ningún momento se habla de la cantidad, si bien la comisión promotora en su página *web* ponía, como ejemplo de una renta que garantice una vida digna, unos 2.500 francos por adulto y 625 francos por niño. La iniciativa dejaba a los delegados del Gobierno y del Parlamento un cierto margen para concretar. No obstante, la inmensa mayoría de la población y todos los cantones consideraron que la renta básica no es la solución adecuada o que no es el momento para introducirla. De todos modos el debate fue fructífero y el tema está sobre la mesa.

A algunos en España esta iniciativa les ha parecido un disparate populista y a otros la solución de todos los males. Lo que pocos saben es que la iniciativa fue promovida por un grupo de empresarios y profesionales que no tuvieron el apoyo de ningún partido político. Visto así, obtener una cuarta parte de todos los votos no parece poco y demuestra que la pregunta, como mínimo, ha generado interés y debate. El debate no es nuevo y nos acompaña desde el inicio de la industrialización: “¿Cómo se podrá mantener la gente el día que la máquina le sustituya en el trabajo?” y “¿Para quién producirá la máquina, si el consumidor no tiene ingresos?”

En el siglo XIX la respuesta fue bastante fácil, a la vez que las máquinas reducían la necesidad de mano de obra hacían posible otras formas de trabajo, aumentaba el consumo y se conquistaban otros mercados. La infinidad de mano de obra que se trasladaba del campo a las

ciudades encontraba trabajo en otras industrias, si bien en su día los trabajos eran mucho más físicos y los conocimientos necesarios no variaban mucho de una fábrica a otra. Hoy la situación es un poco más complicada, de poco sirve el consuelo de que por cada obrero en la fábrica que es sustituido por un robot, un ingeniero o informático encuentre trabajo. Los procesos laborales hoy en día se han distanciado y especializado de tal manera que difícilmente son reciclables aquellos trabajadores de trabajos manuales y físicos, cuando estos desaparecen. Por otro lado, los trabajadores de hoy en día no solo compiten con el robot sino también con compañeros en otros continentes, cuya mano de obra es infinitamente más barata y, por último, parece difícil imaginar que se puedan conquistar mercados nuevos, sin generar allí primero puestos de trabajo, para que esos mercados puedan consumir.

Se muestra aquí la disyuntiva entre el ser humano como “mano (o mente) de obra” y por tanto elemento del proceso productivo y el ser humano como “consumidor”. Como factor del proceso productivo el “ser humano” es reemplazable en muchos casos o sustituible por mano de obra en otros lugares, mientras que el “ser humano” como último eslabón de la cadena del consumo y, por ende, razón de ser de la producción no es reemplazable. Este dilema de poder prescindir cada vez más de quien produce sin que eso lleve a esta a no poder consumir es el reto de las próximas décadas. En la historia esta disyuntiva se solía (auto-)regular mediante guerras, epidemias o conquistas de nuevas fuentes de recursos o mercados. En un Estado de Derecho democrático debemos exigirnos a nosotros mismos ser capaces de encontrar soluciones que sean un poco más sofisticadas que el mero darwinismo y la autorregulación por destino y o inercia, por ello el debate es bueno y las soluciones fáciles suelen ser malas.

En los acalorados debates ideológicos en los que solo suele haber blanco o negro, el problema de que se distancien cada vez más nuestra capacidad de producción de nuestra capacidad de consumo, ya tiene varias soluciones —mágicas según sus defensores— pero ninguna de ellas sirve por sí sola. Hay quienes defienden que el mercado se autorregulará y que cuando baje el consumo, por falta de recursos de los despedidos, se reducirá la producción, otros pretenden que el crecimiento puede ser infinito y que se abrirán nuevos mercados y las nuevas tecnologías a su vez generarán nuevos puestos de trabajo que permitirán a los trabajadores consumir de nuevo. Sin duda hay

quien defiende la posibilidad de generar mercado e incentivar consumo a base de créditos que no se sabe muy bien quién y cuándo los devolverá, que fue el origen de la crisis actual. Por último, están aquellos que pretenden que le demos a todos “suficiente” dinero de una caja común a la que aporten las máquinas, los robots, los ordenadores y los ricos (condición que falta por definir).

La cuestión, si se plantea sin gafas ideológicas no es fácil y genera cierta impotencia. Por un lado sabemos que el esfuerzo y la persecución de mayor bienestar es el incentivo de desarrollo de la humanidad, por otro lado parece razonable que la reducción de “tiempo trabajado necesario” se convierta en “tiempo libre” y no en “paro”.

*Lo apasionante de un sistema con control democrático y participación ciudadana es el proceso hacia la legislación y no como en otros países la protesta post-legislativa: la diferencia es entre decidir y patelear.*

No seré yo el que encuentre una solución a este problema que es, con el tema del reparto de los recursos naturales, el que más condicionará el debate político de las próximas décadas y que no excluye el riesgo de conflictos bélicos.

Lo que sí me gustaría destacar es la importancia y necesidad de que estos debates tengan lugar, en el ámbito público, en la sociedad y en la calle. Debates de esta índole son completamente inaptos para políticos profesionales, adocotrados para resolver tareas de cuatro años vista. La creciente separación entre productividad y posibilidad de consumo no sirve para eslóganes y soluciones fáciles, cortoplacistas. Por eso, me parece excelente que el pueblo suizo haya tenido la posibilidad de debatir y poner sobre la mesa un problema que requiere solución en los próximos 20 años, y que supera con creces la capacidad de los políticos profesionales encorsetados en los sistemas de “cheque en blanco para cuatro años”. Sería saludable que en toda Europa los ciudadanos pudiéramos participar y contribuir a los debates que nos conciernen y cuyos resultados, para bien o para mal, tendremos que asumir y aceptar. Los suizos han tenido la oportunidad de tantear el terreno por nosotros, y han demostrado que es posible sin sobresaltos. Ahora solo nos falta reivindicar en nuestros países y en Europa la posibilidad de participar en la política, más allá del ritual de elegir un Parlamento cada cuatro años o seis meses. **TEMAS**